

El recurso a la caricatura

(Diario de Navarra, 23. 02. 2002)

Si el lector no se ha cansado, Carlos, aún quedan por ofrecerle otros cuantos trucos dialécticos que se contienen en la carta que me dirigiste.

Alancear moros muertos

Es de gran efecto retórico, lástima que sólo entre convencidos, la caricatura de la posición del oponente hasta el extremo de dejarla irreconocible. Verbigracia, lo que tú llamas “los rasgos estándares del discurso antinacionalista” y con los que dices no reconocerte. Naturalmente, ni tú ni Xabier Arzalluz ni siquiera Iñaki de Rentería se sentirían identificados con ese burdo fante que me (nos) atribuyes haber construido.

¿Quién ha dicho que el nacionalista típico de hoy sepa “bailar el auresku” o “huela a cuadra”? ¿Qué necio ha podido escribir que el nacionalista medio haya leído a Sabino Arana, como si la gente corriente fuera capaz de aguantar siquiera un artículo de opinión de tres folios o, viniendo al caso, el ciudadano formara sus opiniones políticas a base de sesudas lecturas de los pensadores?

En mi reflexión dices detectar excesivas reducciones. Así, piensas que “resulta infructuoso interpretar una miríada de vivencias y razonamientos bajo la única perspectiva de una historia del pensamiento político en textos. Es un reduccionismo como otro cualquiera. Deja sin explicación importantes aspectos de la experiencia humana que dan sentido, cohesión y son motores de justicia en amplios sectores de la población mundial...”. Luego iremos al fondo de lo que aquí dices. Convendrás conmigo primero que eso de que yo o los míos, vueltos de espalda a las vidas de las gentes ordinarias, no tengamos otra guía para nuestros juicios que textos de la historia del pensamiento político... suena a gruesa caricatura. Para decirlo sin circunloquios: es un juego dialéctico sucio, porque de un plumazo quedamos equiparados a unos seres aislados, presumidos, prepotentes y, para colmo, inútiles. Te nos quitas de encima sin invertir un minuto en ponerte a refutarnos. Y así, de paso, tratas de colar de rondón tu mercancía, como a continuación se verá.

¿Quién simplifica y quién reduce?

Nadie que yo conozca considera irrelevante la “miríada de vivencias” que puedan experimentar lo mismo los nacionalistas vascos (en cuanto a sus “razonamientos”, francamente, apenas tengo el gusto de conocerlos), que cualesquiera otras personas. Nadie que se acerque al ser humano ignora que esas vivencias se encargan de dar sentido y cohesión a su vida individual o en comunidad. Todo eso es cierto, sí, pero lo que está por demostrar es que tales vivencias estén bien fundadas en la realidad y procedan siempre de una información y reflexión suficientes. Y, en consecuencia, queda también por probar que todas las vivencias contribuyen a la virtud o a la felicidad del propio sujeto y al bienestar de su comunidad.

En pocas palabras, Carlos, las vivencias o los sentimientos -como las ideas- no tienen por qué ser respetables. Pero mientras de las ideas nadie niega que sea posible contrastarlas con vistas a un acuerdo más amplio, las vivencias se presentan como si fueran absolutamente singulares e inmunes a la razón común y, por tanto, incomparables e indiscutibles. Pues no es verdad. A la hora de comunicarlas o de basar en ellas nuestras conductas, las vivencias -como las ideas- requieren ser hechas conscientes por uno mismo y cuestionadas por otros. Esas vivencias pueden estar del todo erradas y ser funestas para su sujeto y sus eventuales objetos. Las vivencias de un criminal, antes, durante o después de perpetrar su crimen, son criminales: el desprecio, el odio o la venganza; en tanto que las vivencias de un hombre generoso serán generosas: pongamos de piedad ante el necesitado y contento por los resultados de su generosidad. En ambos casos esas emociones dan sentido a sus actos y cohesión a sus vidas respectivas, pero no te parecerán igual de valiosas ni, por tanto, de respetables. Al contrario, si en tu mano estuviera, tratarías de cambiar las percepciones y razones del criminal, para así transformar también sus vivencias y al fin impedir su crimen.

Pero tu intención es referirte tan sólo a las vivencias colectivas, en este caso a las vividas por los nacionalistas vascos... y que, al parecer, liberales como yo y desde “una antropología irreal” tendemos a menospreciar. Empapados de un saber meramente libresco, animados de un abstracto “cosmopolitismo” ilustrado, nos olvidamos de las raíces culturales sin las cuales los individuos no son más que cáscaras vacías y egoístas sin rumbo. Sí, la doctrina comunitarista más o menos la conozco, pero no la tengo por dogma de fe. A ti te sirve para medio sugerir que esos sentimientos y estados de conciencia, a falta de otros criterios objetivos (raza, religión, lengua), resultan soportes suficientes para las aspiraciones del nacionalista... A lo que el arriba firmante respondería por lo menos lo que sigue.

Primero.- Si antes negaba la pretensión de toda vivencia –sin pasar examen alguno- de ser indiscutiblemente acertada o valiosa, ¿cómo no había de negarla aún más cuando algunos pretenden extraer de sus particulares emociones nada menos que efectos políticos vinculantes para todos los demás? Efectos colectivos deberán tenerlo esas vivencias para la comunidad amical, religiosa, familiar o tribal, pero no para la comunidad de ciudadanos. De esos sentimientos privados –por extendidos que estén- no derivan obligaciones ni derechos públicos, faltaría más.

Segundo.- Por si ello fuera poco, en nuestro caso resulta que esas vivencias que inflaman el soberanismo están en minoría en nuestra sociedad. Si miramos dentro de la CAV, y según el último Euskobarómetro, no las experimenta más allá de una tercera parte de sus habitantes; si volvemos la mirada a ese territorio ficticio conocido por Euskalherria, para qué contar... De manera que tales sentimientos de pertenencia a una comunidad, que dan sentido a la vida de muchos, etc., han podido ser en ocasiones, según escribes, “motores de justicia en amplios segmentos de la población mundial”. Eso es tan cierto como lo contrario: que en otras partes del mundo (vg., los países balcánicos) han sido y son motores de injusticia política y brutal carnicería. Es precisamente el caso de nuestro País Vasco.

La inversión de las víctimas

Lo tremendo es que caigas en la inversión de las víctimas. Pues eso que tú haces - dibujar una caricatura de mi planteamiento- me lo achacas precisamente a mí o a los míos. A tu juicio, “la últimamente abundante literatura antinacionalista (...) ha conseguido *construir* un enemigo a medida, al que se pretende hundir por tierra, mar y aire”. A ver si lo entiendo, Carlos: ¿existe un enemigo nacionalista real o nos lo hemos inventado algunos malévolos? ¿Se asesina, se amenaza, se pega fuego a autobuses y cajeros, se extorsiona, se educa en la mentira sistemática, se reclama un infundado derecho de autodeterminación, se proclaman inexistente derechos colectivos, se prepara un censo de patriotas y no de ciudadanos, se convoca una Udalbiltza con pretensiones constituyentes..., y todo ello apelando a razones nacionalistas, o son alucinaciones de algún pobre demente? La “construcción nacional”, ¿es una construcción españolista? ¿No te parece que se han construido a sí mismos ellos solitos, eso sí, con la colaboración de muchos cuitados y tontos? ¿Existe un pensamiento “totalitario y asesino”, como antes decías, o todo ha sido un espejismo?